

UN ASPECTO DE LA INFLUENCIA LITERARIA INGLESA EN JOVELLANOS

Julián SANCHEZ FRANCO

Palencia

Jovellanos nunca estuvo en Inglaterra, ni en ningún otro país extranjero. Inglaterra, sin embargo, sus amigos ingleses, los libros ingleses representaron un papel muy importante en su formación literaria, y consecuentemente, en su obra.

Su interés por el pensamiento y la literatura ingleses nace en Sevilla, en concreto en la tertulia de Olavide, se intensifica con las abundantes lecturas inglesas y se completa con la amistad de Jardine y de los Holland, entre otros amigos ingleses.

Una de las amistades más productivas entre un diplomático británico y un intelectual español es la que tuvo lugar entre el Mayor Alexander Jardine, cónsul en la Coruña (1793-99), y Jovellanos. La presencia de Jardine en España es de extraordinario valor por muchos motivos, pero, sobre todo, por la amistad fértil y profunda que mantuvo con Jovellanos. Este cónsul inglés era un buen conocedor de la obra literaria y política de los principales escritores europeos contemporáneos, así como de la historia de España, y, a través de su amistad con Jovellanos principalmente, logró introducir y difundir en España las corrientes ideológicas entonces más actuales en Europa. Jardine fue una auténtica ventana abierta al pensamiento inglés del momento y al europeo en general¹.

Jovellanos y Jardine se conocieron de un modo totalmente casual en Gijón, el 11 de noviembre de 1793, cuando, tras un accidentado viaje, Jardine llegó al puerto asturiano, en vez de al de la Coruña, donde iba destinado. El

¹ En la transcripción del manuscrito del *Diario* y el de las *Cartas*, de Jovellanos, el apellido del cónsul inglés aparece escrito «Hardings» o «Jardines». Excepto en las citas, en las que reproducimos la ortografía del texto impreso, empleamos su nombre y apellidos ingleses: Major Alexander Jardine. Los datos sobre su vida, servicio diplomático y salida de España, lo hemos tomado de *Consular Letters (Spain), Jackson Papers 1792-96, Foreign Office (Spain), Consular Correspondance 1793-99*.

nuevo cónsul inglés se había embarcado en el puerto de Falmouth en octubre, acompañado de su esposa, su hija y nieta. La primera aventura que les sobreviene fue la captura de su barco por una fragata francesa. Esta, a su vez, es capturada por unos piratas de Jersey, que se llevan en su barco, el «James and Nancy», a la familia y séquito de Jardine. Como los dueños de este barco llevaban rumbo a Inglaterra, tuvieron que sobornarlos para que los llevaran a España. Por ser más cómodo para el capitán-pirata, los deja en el puerto de Gijón en vez del de la Coruña, a donde tendrían que ir por tierra. Este hecho, totalmente casual, va a permitir a Jovellanos conocer a este intelectual inglés durante los dos días que permaneció en el puerto gijonés, según leemos en el *Diario* de Jovellanos en las anotaciones correspondientes al 11 de noviembre de 1793:

Estaba en la posada de la reina. Conversación filosófica sobre la propiedad. Llámase Alejandro Jardines; sirvió en Gibraltar y América, donde perdió el brazo izquierdo en la guerra del 79. Está casado con una inglesa natural de Gibraltar; una hija núbil, bien parecida, y una nietecita. Es instruido; viajó por España y Europa; escribió observaciones sobre países y gobiernos, que me ofreció. Me regaló otro inédito, y en todo original ya impreso en este año, y obra de un amigo suyo, que acabaré de leer en este viaje. Es miembro de un club filosófico, del cual fue en otro tiempo Danton. Sus principios son humanos; enemigo de guerra y sangre y violencia; su plan parece inverificable².

El libro «inédito... ya impreso este año» que le regaló es la importante obra de Godwin, *An Enquiry Concerning Political Justice*. Este dato tiene gran importancia, pues de este libro se sirve Jovellanos para acabar de elaborar su fundamental obra *Informe sobre la reforma agraria* a pesar de encontrar las teorías de Godwin demasiado abstractas y radicales, y, por lo tanto, inútiles, ya que creía que el progreso suponía una cadena graduada y que el espíritu humano no puede pasar de golpe de la primera idea hasta la última. Opinaba, además, que el «estado moral» de las naciones no es uno, sino tan diverso como sus gobiernos. Por eso, le parece preciso que cada nación trabaje primero en mejorar sus propios sistemas para acercarse de esta manera a otro mejor. La lectura de estas nuevas obras inglesas sirve de aguijón al pensamiento de Jovino, aunque siempre sabe mantener ante ellas una actitud crítica e independiente.

La obra propia que Jardine regala a Jovellanos, el día de su encuentro, es el libro en que relata su viaje por España y otros países, titulado *Letters from Barbary, France, Spain, Portugal, by an English Officer*, publicado en Londres en 1788. Jovellanos comenzó a leerlo a poco de marcharse Jardine y lo juzga excelente. Está de acuerdo con el cónsul inglés en que en un país,

² Para el *Diario*, hemos utilizado las dos ediciones más modernas: la de Oviedo de 1953, y la de las *Obras* de Jovellanos, tomos III y IV, en *BAE*, LXXXV y LXXXVI. No obstante, por razones de espacio, citamos por la fecha que lleva cada entrada, en vez de la página de una de las dos obras mencionadas.

como la España de aquel tiempo, donde todavía se consideraban peligrosos los libros, era difícil recibir los nuevos conocimientos científicos y filosóficos que tan útiles estaban siendo para Europa. Jardine, gran admirador del pueblo y del carácter español, opina que todos los males nacionales se deben a los malos gobiernos que el pueblo español ha padecido, sobre todo bajo el reinado de los despóticos borbones.

Jovellanos alterna la lectura de la obra de Jardine con la de Gibbon, y pronto descubre un punto de discordancia con ambos: la religión. Así comenta en el *Diario*, el día 13 de febrero de 1794: «El primero (Gibbon) es preocupado contra la religión y se descubre su propósito de seducir; el último (Jardine) sólo la considera bajo vistas políticas: es más humano, más juicioso, menos elocuente».

En la primera mitad de 1794, Jovellanos y Jardine se escriben con extraordinaria frecuencia, aunque, a medida que van pasando los meses, surgen pequeñas desavenencias intelectuales, según vemos en los apuntes que Jovellanos va haciendo en su *Diario*, donde resume cada carta que recibe de Jardine, así como su propia respuesta. A veces nos asegura que guarda copia de su carta junto a la del cónsul. Pero, con más frecuencia, se limita a indicar tratar el asunto tratado y su parecer sobre el mismo; por ejemplo, el 4 de marzo, anota: «...respuesta a Jardines. Educación: remover estorbos a la circulación de ideas; los mayores, de la política asustada por los progresos de la razón». Le comunica también que el Instituto se quedará con el telescopio, microscopio y teodolito, proporcionados por Jardine, «si el profesor de Náutica los halla buenos». Estos encargos materiales y prácticos han de repetirse durante varios años.

Pero, poco a poco, irá transformándose la amistad que siente Jovellanos por Jardine, o, mejor dicho, su simpatía por la manera de pensar y sentir del cónsul británico. Sigue aprovechando sus conocimientos y compartiendo muchas ideas, pero encuentra cada vez más extravagante su forma de pensar. En *Carta a desconocida Persona*³, dirigida «in mente» a Jardine aunque nunca enviada, tenemos uno de los borradores más completos de la actitud ideológica de Jovellanos respecto a las ideas del inglés. Es muy posible que la comenzara a escribir el 21 de mayo de 1794, fecha en que anota en su *Diario* que escribe a Jardine, pero que la carta «caso no irá»; y debía de ser la misma que termina tres días después y de la que da, en las anotaciones de aquel día, un breve resumen que concuerda indudablemente con el contenido de la mencionada *Carta*. Repite en el *Diario* las prevenciones que hacía al cónsul inglés sobre «nuestra correspondencia, que no se puede tratar de todo; que sólo privado y confidencial se debe exponer libremente las ideas». Vuelve a exponerle —y lo hará muchas veces más— su opinión contra el furor de los republicanos franceses, pues teme que no traiga como

³ «Carta a desconocida persona», *Obras*, tomo I, BAE, L, pp. 366-7.

consecuencia «sino empeorar la raza humana, la crueldad erigida en sistema... convertida contra los defensores de la libertad».

Una de las creencias más profundamente característica de Jovellanos —creencia fundamental que hay que tener presente siempre que se analice su oposición a toda revolución o guerra civil— no aparece en el *Diario*, pero sí en *Carta a desconocida persona*: «Entendámonos. Alabo a los que tienen valor para decir la verdad, a los que se sacrifican por ella; pero no a los que sacrifican otros entes inocentes a sus opiniones, que por lo común no son más que sus deseos personales buenos o malos». Así que no es de extrañar que condene toda revolución política, como apunta el 13 de junio en otra carta a su corresponsal inglés, en la que asegura que nada bueno se puede esperar de las revoluciones, mientras que se debe confiar en una mejora gradual de las ideas, las cuales deben proceder de la opinión general. Se muestra en total desacuerdo con Mably por su defensa de la guerra civil, y con Jardine por considerar «el espíritu de la revolución como distintivo mérito».

El desacuerdo ideológico con Jardine llega a ser cada vez más radical, hasta el punto de que Jovellanos advierte rotundamente a su amigo, según leemos en el *Diario*, el 13 de junio, al recibir una nueva carta de la Coruña, que no le gustan ya sus ideas políticas, y menos las religiosas, ni tampoco las de Mably acerca de la guerra civil; y termina reafirmando su convencimiento —que repetirá siempre que le hablen de reformas impuestas por la fuerza—: «Jamás creeré que se debe procurar a una nación más bien del que puede recibir; llevar más adelante las reformas será ir hacia atrás».

En las anotaciones del *Diario*, hechas durante los meses de verano de 1794, vemos que el cónsul insiste en sus «caballos de batalla», que producen irritadas réplicas de Jovellanos, hasta llegar a calificar a Francia como una nación tiranizada por Robespierre, al que considera «uno de los grandes azotes del género humano». Las relaciones van de mal en peor, y, en una carta del 3 de septiembre de este mismo año, Jovellanos declara terminantemente que no quiere correspondencia con los «freethinkers», ni pertenecer a ninguna secta; ataca la posición de su corresponsal por defender y apoyar la situación francesa e insiste en que para reformar:

No hay más remedio que mejorar la opinión pública por los medios que ella permita; lo demás es causar la desolación de los mismos a quienes se quiere consolar; que es bueno todo gobierno que asegure la paz y el orden internacional; que no hay alguno que no esté expuesto a inconvenientes; que los de la democracia está demostrados en el funesto ejemplo de Francia, que no hay que esperar de ella la reforma del mundo; le van barbarizando; y una secta sucederá a otra en la opresión, y la estúpida unanimidades, la hija del terror, los hará sufrir.

A pesar de esta palmaria condena de los sucesos contemporáneos de Francia, se ve que Jardine contestó con una larga carta en la que defendía el

nuevo partido sucesor de Robespierre. A lo que responde Jovellanos, según vemos en las anotaciones hechas el 20 de septiembre de 1794, que no espera más humanidad del partido que ha sucedido a Robespierre, puesto que «han mudado de forma y no de espíritu ni máximas en sus proceder; que nada puede ser peor que la anarquía; que el despotismo sólo puede sostenerse en medio de la ignorancia, pero la anarquía nace de la corrupción».

Estas desavenencias ideológicas no impiden que la amistad continúe. Las cartas siguen intercambiándose, aunque, con largas interrupciones, en especial a partir del 25 de diciembre, en que Jovellanos apunta escuetamente en el *Diario*: «Carta de Jardine (sic) por su ordinario estilo».

La mejor prueba de que la amistad no se ha roto es que Jardine sigue enviando a Jovellanos libros y periódicos ingleses. Entre los periódicos podemos citar *The Craftsman*, que desde su primer encuentro se lo proporcionó con gran regularidad. En cuanto a los libros, no le era tampoco fácil a un cónsul extranjero recibir libros ingleses sin que fueran revisados por las autoridades aduaneras; pero Jardine, por medio de Jackson, embajador inglés en Madrid, consiguió un permiso especial para recibir sus cajas de libros y de música sin la intervención de las autoridades del puerto. Por el *Diario* sabemos que, durante el mes de agosto de 1794, le envió las *Confesiones* de Rousseau, que Jovellanos leyó antes del mes de octubre, cuando se las devolvió envueltas en una copia manuscrita del *Informe sobre la ley agria*, por medio del patrón del barco, Sebastián Cuervo, «que se ofrece entregárselo en mano».

Durante 1795 las cartas escasean; si hay alguna, Jovellarlos sólo anota en el *Diario* el hecho escueto de haberle escrito, pero no su contenido, salvo cuando se trata de algún encargo de libros e instrumentos para el Instituto.

La correspondencia con Jardine le estimula a releer o leer por primera vez libros ingleses. Así comenta en marzo de 1795 que ha vuelto a leer a Locke, y que está leyendo *Essay on the Right of Property in Land*, de Ogilvie. El 1 de octubre de este mismo año apunta únicamente: «A Jardine, sobre la libertad de leer y de pensar».

Pero las anotaciones que Jovellanos hace en su *Diario* nos dan a entender que Jardine seguía madándole sus cartas e insistiendo en la misma temática, pues, el 23 de febrero de 1796, Jovellanos anota que se siente obligado a escribirle una carta larga, en la que le explica, por enésima vez, que no quiere seguir tratando los temas políticos y filosóficos: «Carta larga a Jardine, entrando en fin, a hablar de sus sueños filosóficos; dígoles, por última vez, mi poca afición a ellos, poco tiempo, etc., quedará copia». Copia que, por desgracia, no nos queda, pero es probable que su contenido no fuera muy distinto del de las cartas anteriores a las que nos hemos referido.

Continúa recibiendo y leyendo libros nuevos, entre ellos el «de Payne, su título, *Declinación y caída del sistema fiscal en Inglaterra*, que me envió el cónsul con las Gacetas» (10 de junio de 1796). En esa misma fecha, Jovellanos está leyendo un libro de viajes de William Young y relee la obra de Godwin, *Political Justice*. Por su parte, envía a Jardine un ejemplar impreso

del *Informe*, aunque ya le había enviado una copia manuscrita, como ya hemos mencionado.

Al declararse la guerra contra Inglaterra, el 8 de octubre de 1796, Jovellanos prorrumpe en su *Diario*: «Si alguna (guerra es) buena, lo sería principalmente la que se hace a un pueblo orgulloso, enemigo de la paz en general». Ante esta nueva guerra contra Inglaterra y dado, por otra parte, el arriesgado contenido de su correspondencia con el cónsul inglés de la Coruña, Jovellanos anuncia en el *Diario* (20 de enero de 1797): «Reveo la correspondencia enviada por Jardine; mañana más despacio». Es muy probable que ese «mañana» se decidiera a destruir todas las cartas que había recibido, así como las copias de las suyas, sobremanera peligrosas, precisamente en tiempos en que el Santo Oficio estaba vigilando el Instituto y no menos a su fundador. Pero si le era fácil a Jovellanos destruir la correspondencia que tenía en su poder, no le era en absoluto hacer desaparecer las propias cartas que Jardine guardaba, ni impedir que más tarde llegaran a manos de sus más enconados enemigos y perseguidores.

La última alusión a Jardine que hemos encontrado en el *Diario* es el 21 de abril de 1797: el vicecónsul inglés en Gijón cuenta a Jovellanos que quiere encargar, por medio de Jardine, el *Diccionario de pronunciación inglesa*, de Walker; y Jovellanos apunta escuetamente: «Dígole que ya no está en España». Esta respuesta nos indica que Jovellanos no quiere reconocer que mantenía relación con su gran amigo inglés en aquellos momentos tormentosos, pues podría acarrearle problemas y disgustos.

El caso es que el cónsul seguía todavía en la Coruña y allí permaneció hasta principios de 1799, cuando las autoridades españolas le obligaron a marcharse en las condiciones más penosas y vergonzosas, según nos cuenta su mujer, Juana Jardine, en una carta fechada el 10 de abril de 1799 y dirigida a Lord Grenville: «Falleció Jardine en un pueblo portugués, Valença do Minho, después de un penoso viaje, a causa de una grave inflamación del pecho que duró diez días, provocada por el inhumano trato que había padecido en la Coruña a manos del general francés Desmaysures, quien le sacó de la cama, enfermo ya, y le obligó a hacer el viaje a la frontera sin dejarle descansar un solo día en el camino⁴.

Parece evidente que, dadas las condiciones de su precipitado viaje y su enfermedad al emprenderlo, Jardine no pudo llevarse consigo sus papeles y libros. Por lo tanto, es muy probable que el mismo general que le expulsó se hiciera cargo de todas sus pertenencias, entre las que estarían las cartas de Jovellanos. Hasta ahora no se ha encontrado rastro de dichas cartas, y sólo conocemos su existencia y gran parte de su contenido gracias a los pequeños resúmenes que nos dejó el propio Jovellanos en sus *Diarios*.

⁴ Carta citada y transcrita por E. HELMAN en «Some consequences of the publication of the *Informe sobre la ley agraria* by Jovellanos», en *Estudios Hispánicos*: homenaje a A. M. Huntington, pp. 262-265.

Por lo demás, Gijón, durante los siete años que pasó allí Jovellanos de «honorable exilio», tras su enfrentamiento con Campomanes, mantenía unas intensas relaciones comerciales y políticas con el mundo anglosajón. Desde su puerto salía el carbón para Inglaterra y Estados Unidos. El carbón asturiano, en concreto, había sido descubierto pocos años ha y estaba siendo explotado con la ayuda de extranjeros, especialmente ingleses. Por este motivo la colonia británica era muy numerosa. La importancia comercial de la ciudad quedó reconocida con el nombramiento de un vicecónsul inglés, «don Eduardo» Kelly, quien también contribuyó a la difusión de las letras inglesas mediante préstamos y regalos de libros ingleses, entre los que podemos citar *Journey through Spain*, de Joseph Townsend. También había un cónsul de Estados Unidos, con quien Jovellanos mantuvo muy buenas relaciones, y que, al menos en una ocasión, visitó el Instituto⁵.

⁵ Véase Céan BERMUDEZ, *Memorias para la vida de Gaspar Melchor de Jovellanos*, Madrid, 1814, pp. 177-182, y *Diario* en diversas fechas.

